

VI

Las tareas del exilio

En Berlín se pudo reunir la familia y organizar la vida. Vivíamos en un departamento que nos entregaron los camaradas alemanes. Allí estuvimos juntos mi compañera Fresia, mis hijas Fresia Ludmila y Bárbara. Mi hijo mayor, Pablo, nunca quiso salir de Chile. El departamento estaba en el barrio de Lichtenberg, donde había varias otras familias chilenas. Me hicieron muchos exámenes médicos en el hospital y tratamientos para las heridas y secuelas de las torturas.

Pero para mí la mejor curación era retomar la lucha, las tareas. Así que pronto los compañeros de la dirección me encargaron viajar a diversos países, tomando contacto con los coordinadores que había organizado el Partido en todas partes donde había militantes exiliados. Se trataba de coordinar las tareas de la solidaridad internacional, el trabajo con los compañeros de otros partidos de la UP, los problemas que surgían entre nuestros compañeros, que no eran pocos (los problemas), en fin, ver la cuestión del trabajo militar. En estas actividades viajé a más de 30 países: Italia, Holanda, España, Portugal, Finlandia, Alemania Federal, Bélgica, Dinamarca, Suecia, Noruega, Austria, Inglaterra, Unión Soviética, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, etc.

Se puso en marcha una organización de los militares patriotas democráticos en el exilio. Numerosos oficiales y suboficiales de la Marina y la Fuerza Aérea, principalmente, que habían sido detenidos y torturados por la dictadura por el delito de defender la República de Chile del golpe fascista, estaban concentrados en Bélgica e Inglaterra.

En otros países había oficiales del Ejército, como el coronel Efraín Jaña Jirón. El comandante Alamiro Castillo, que había sido condenado a muerte en el proceso de la Fuerza Aérea; el general Sergio Poblete, también de la FACH, y otros oficiales ayudaron bastante al trabajo de constituir los comités de los militares patriotas. El general Poblete fue uno de los principales organizadores, junto con Ángela Jeria, la madre de la Presidenta Michelle Bachelet. Otro eficiente promotor de este movimiento fue el teniente de Carabineros José Muñoz, jefe de la Guardia de la Moneda el 11 de septiembre, que se mantuvo firme en su puesto hasta la llegada de los militares. Murió en el exilio años después.

En una de esas misiones me tocó viajar a Bélgica para participar en un acto de solidaridad con Chile. Estando allí, recibí un mensaje del general Sergio Poblete, quien me pedía que fuera a visitarlo a su casa. Por supuesto que acepté. Me recibió muy cordialmente y después de los saludos se puso de pie y me dijo palabras que me produjeron una gran emoción y que recuerdo de memoria:

Compañero Samuel, yo tenía muchos deseos de conversar con usted, porque yo estaba presente en el lugar donde lo torturaron. Yo estaba detenido igual que usted, junto con el grupo de oficiales de la Fuerza Aérea a los que nos procesaron. Estuve ahí cuando lo golpeaban. No era solo uno, eran muchos que lo golpeaban en diferentes partes de su cuerpo, mientras otro le aplicaba la corriente, los picanazos eléctricos. Tengo que decirle que yo tenía temor cuando le preguntaban sobre el trabajo de penetración en las fuerzas armadas. Su respuesta fue invariable: Nosotros jamás hemos hecho trabajo de penetración hacia los institutos armados. Lo seguían golpeando y en un momento usted les dijo a los torturadores: Nosotros los comunistas tenemos moral, sabemos por lo que estamos luchando.

Y agregó:

Yo quiero decirle, y para eso lo he llamado, que a nosotros, los que estábamos detenidos ahí en ese momento, su actitud nos dio una fuerza inmensa. Nunca pudieron sacarle ni una sola información sobre contactos entre nosotros y ustedes. Fueron tantos los golpes

que le dieron, tanta la aplicación de corriente, que usted vomitó y aquellos tipos recogieron el vómito y se lo volvieron a meter a su boca.

Después el general me habló de un obrero pampino de apellido Trujillo que estuvo preso junto con los procesados de la Fuerza Aérea. Me dijo:

Cuando se juntaban los oficiales que estaban allí y se ponían a pasear, a darle vuelta a su situación y a tomar caldito de cabeza, se acercaba este obrero y les decía: Oiga, mi general; oiga, mi comandante; oiga, mi teniente; mi capitán, no estén tristes, porque estamos vivos y eso es pura ganancia. Palabras sencillas de un obrero pampino, pero ¡qué profundidad!

VII

El retorno

HABLA SAMUEL:

El sufrimiento más terrible que he tenido fue la muerte de mi hija mayor. Para el golpe, mi Pechita era estudiante de química en la Universidad Técnica del Estado. Cuando llegamos a Alemania se dio cuenta de que allá los estudios de química estaban en otro nivel. Eran siete años en lugar de cinco. A todo esto, en la Universidad de Leipzig, donde estudiaba, conoció a un muchacho cubano. Se enamoraron y se casaron. El joven terminó sus estudios y luego viajaron a La Habana. Allí ella decidió cambiar de profesión e iniciar estudios de psicología, que eran cinco años. Al poco tiempo el programa fue aumentado a siete años. Siguió adelante, llena de empuje y entusiasmo. En noviembre de 1980 sufrió un grave accidente en auto. Perdió una parte de la médula ósea. Quedó tetraplégica, paralizadas sus extremidades; también la mayor parte de su cuerpo, pero lúcida, con capacidad para comunicarse. Pasó casi un año en estas condiciones en Cuba. Se pensó que podría haber alguna esperanza de un tratamiento que le permitiera alguna recuperación en la RDA. La llevamos a Berlín. Los

informes médicos no dieron esperanzas. Se habló de la posibilidad de una silla con un sistema muy avanzado, que le permitiría desarrollar varias actividades en su estado de inmovilidad. Ella tomó una decisión. Diría que organizó su partida. Me dijo: “Mira, papá, lo que yo quiero es seguir viviendo como antes, bailar contigo, salir contigo al campo a cazar. En estas condiciones no quiero seguir viviendo”.

Y se nos fue.

Salimos de Berlín el 8 de mayo de 1990 con destino a Santiago. En cuanto regresé traté de tomar contacto con el Partido. Nadie me preguntó nunca nada sobre lo que me había pasado desde mi detención ni sobre mi trabajo en los años del exilio. Volodia habló conmigo una vez y me dijo: “Me saco el sombrero ante usted”. Como yo insistí para que se me diera alguna tarea, me dijeron que hablara con don Américo Zorrilla, quien estaba en el trabajo de recolección de firmas para obtener la legalización del Partido ante el Registro Electoral, después de todos los años de proscripción bajo la dictadura. Zorrilla me dijo que me trasladara para esto a la comuna de Cerro Navia, que es donde vivo desde hace años. Me presenté ante el Comité Local respectivo: no me dieron pelota.

Pronto me di cuenta de que varios de los que estaban aquí en puestos directivos pensaban que los que veníamos de afuera teníamos la intención de quitarles sus cargos. Y así actuaban. Estaban resueltos a apoderarse de la dirección y a excluir a todos los que no formaban parte de su grupo. Al XV Congreso no fui invitado “por razones de seguridad”. Yo había propuesto un tiempo antes venirme de Berlín y entrar clandestinamente al país. Me respondieron: “No, te van a liquidar”. Cosas parecidas dijeron para impedir que participaran en el congreso Orlando Millas, Rodrigo Rojas, Jorge Montes y otros. De la Comisión Política anterior solo quedaron Corvalán, Gladys Marín y Volodia.

Cuando llegué, a nadie del Partido se le ocurrió preguntarme: ¿Y usted de qué va a vivir aquí? Comprendí que debía rascarme con mis propias uñas. Un conocido me propuso ir a la faena agrícola de la saca de porotos y arvejas en El Noviciado. Acepté. El salario, después de siete u ocho días, incluyendo el trabajo de la emparva, fue unos

doscientos pesos. Menos mal que la comida diaria estaba incluida. Un tiempo estuve junto con un amigo vendiendo gredas en Pomaire: no nos fue mucho mejor. Uno de mis cuñados, mueblista, me invitó a trabajar con él en un trato que había sacado. Consistía en hacer una puerta de madera labrada en una mansión de Las Condes. La puerta nos quedó preciosa, pero de todas maneras salimos para atrás porque mi cuñado se quedó corto en el presupuesto.

Así las cosas, pensé que era más práctico dedicarme a obtener mi jubilación. Fue una cosa tremendamente larga y difícil. Yo tenía como 49 años de imposiciones, desde 1938 en adelante en el Seguro Obrero y en cajas de previsión, después de haber trabajado en diferentes períodos, primero como “pica-sales” en Lota –eso consistía en raspar el óxido del interior de las bodegas de los barcos carboneros–; después como obrero de la construcción; otro tiempo en la Compañía de Electricidad; estuve en la Imprenta Horizonte como gráfico siete u ocho años. En fin, otro período trabajé como secretario de los parlamentarios del Partido en la Cámara de Diputados, etc. Mi problema era conseguir lo que se llamaba “la continuidad de la previsión” de acuerdo con una ley que presentó en sus tiempos de diputado el dirigente obrero Bernardo Araya Zuleta, asesinado por la dictadura junto con su compañera. A final tuvimos que demandar al Estado y, después de trámites casi infinitos, se aprobó una pensión de 120 mil pesos mensuales.

La Contraloría objetó esta jubilación, diciéndole al Instituto de Normalización Previsional que no era posible que un ex subdirector de Investigaciones recibiera una pensión de un monto tan bajo. Se rectificó. Me la aumentaron a 160 mil pesos. De mis fondos de jubilación me dieron por una sola vez una tucada de 16 millones de pesos. En ese momento unos compañeros que tuvieron la nombrada, consideraron apropiado ir a visitarme para pedirme que hiciera “una cotización extraordinaria” para las finanzas del Partido. Esto me molestó mucho, pero no los mandé adonde correspondía. Les dije: “Cuando llegué del exilio ustedes nunca se preocuparon de mí ni en lo más mínimo, pero de todas maneras yo voy a hacer de mi pensión un pago mensual al Partido. Y punto”.

* * *

Samuel Riquelme vive en Santiago en la sólida casa de ladrillo y concreto armado que construyó con sus propias manos, con la ayuda de su padre y algunos compañeros de la Construcción en 1968, cuando todavía esta zona de Santiago era más rural que urbana, con viñedos y otras siembras. Está en la calle Hipólito Salas 1433 de Cerro Navia y la rodean árboles y plantas. En ella habitaba con Fresia, su compañera durante 63 años; su hija Bárbara y su nieto Luciano Lautaro. El 17 de octubre de 2010, Fresia murió después de una larga enfermedad.

La casa ha resistido a pie firme, sin una falla, dos terremotos grandes, el de 1985 y el de 2010, y muchas sacudidas menores: “Es que yo le puse mucho cemento y mucho fierro de tres cuartos”, dice Samuel. Un tiempo estuvo pensando en venderla y comprarse una casita pequeña en su región natal para pasar allí sus últimos años. Un compañero le hizo notar que todas sus relaciones están hoy en Santiago y que irse a vivir a Ñipa le traería un extremo aislamiento. Decidió seguir en la casa de Cerro Navia, ahora marcada por la ausencia de Fresia. En un patio lateral reposa la camioneta de su hermano, en la que viajan ambos una vez al año a las tierras del sur, a saludar a los parientes y pertrecharse de pipeño para un año entero, hasta que viene otro junio y comienza de nuevo la temporada de caza de la perdiz.